



Nuestro mundo envejece. Nunca antes en la Historia de la Humanidad tantas personas habían tenido la oportunidad de recorrer una larga trayectoria vital, que les ofrece la posibilidad de afrontar nuevos e inesperados desafíos. Sin embargo, los mayores llegan a serlo provistos de aprendizajes y de experiencias que les ayudan, en la mayoría de los casos, a adaptarse a un periodo de la vida que bien se podría llamar “la edad de los cambios”. Hasta hace relativamente poco, estos cambios se conceptualizaban, principalmente, en términos de pérdidas, limitaciones y amenazas. Sin embargo, la investigación gerontológica de las últimas décadas ha puesto de manifiesto el equilibrio de ganancias y pérdidas asociadas a la trayectoria vital. En otras palabras, envejecer no significa sólo perder: también se gana. Es más, la investigación sobre el envejecimiento ha centrado su atención en perspectivas denominadas “envejecimiento con éxito”, “envejecimiento saludable”, o, más recientemente, “envejecimiento activo”. Se trata, en definitiva, de identificar y potenciar los factores biopsicosociales que favorecen que envejecamos bien. Estilos de vida, variables de personalidad, recursos sociales y sanitarios, viviendas y ciudades seguras y confortables, son algunos de estos factores. Todos ellos contribuyen, asimismo, a que los mayores con deterioro visual puedan compensar las limitaciones que esta pérdida sensorial puede ocasionar en su salud, autonomía y bienestar.

Quienes trabajamos con y para los mayores con discapacidad visual sabemos bien de la extraordinaria variabilidad en las consecuencias que la falta de visión ocasiona en estilos de vida, en hábitos de ocio, o en la autonomía de las personas afectadas. Algunas de ellas, cuando se acercan a nosotros ya han puesto en práctica estrategias propias que les están ayudando a seguir viviendo como lo hacían. Saben lo que quieren, y para qué lo quieren. No dejan de enseñarnos: son unos modelos que ilustran muy diversas estrategias de adaptación. Para otras personas mayores, en cambio, el impacto de la discapacidad puede ser demoledor, especialmente cuando el deterioro visual interactúa con otras pérdidas de salud, personales o de la red de apoyo social. No hay dos individuos iguales, y cuando se considera además la interacción de edad con el deterioro visual, la diversidad está asegurada. Nuestro desafío profesional consiste en disponer de conocimientos, estrategias y actitudes que nos ayuden a comprender, orientar y apoyar a cada persona mayor que comparte con cada uno de nosotros sus experiencias y necesidades relativas a su pérdida visual.

La idea de dedicar un número monográfico de “INTEGRACIÓN” al binomio envejecimiento-discapacidad visual surgió, precisamente, de la voluntad de articular una respuesta coherente a dos interrogantes surgidos de la reflexión sobre tales transformaciones. Se trataba, por un lado, de averiguar cómo están afectando estos cambios a la población de 65 y más años afiliada a la Organización Nacional de Ciegos Españoles (ONCE), en términos de su peso absoluto y relativo con respecto a otros grupos de edad; la incidencia y prevalencia en él de diferentes patologías visuales, o su demanda y utilización de servicios. Por otro, de identificar en el conjunto de profesionales, equipos y centros de la ONCE, prácticas, experiencias e iniciativas que, desde la perspectiva de los enfoques basados en la autonomía personal y el envejecimiento activo, estuviesen dando respuesta a las necesidades de este grupo de población.

Fruto de este intento de recuperación y difusión de tales iniciativas son los artículos que publicamos en este monográfico, con los que hemos querido abordar la interacción entre envejecimiento y discapacidad visual desde diferentes ángulos. Así, desde la perspectiva epidemiológica y estadística, el artículo de Serrano y Ramírez nos ofrece, con una visión preventiva, una panorámica muy completa de los factores o variables que inciden en la aparición de determinadas patologías visuales en la población general. Por su parte, el trabajo de Lalaurie y Martín muestra la incidencia de determinadas afecciones visuales que, aún no teniendo una prevalencia alta, han incrementado su aparición a causa del envejecimiento de la pobla-

ción, y sugiere orientaciones a considerar en su rehabilitación. Desde el ámbito de la investigación, Díaz Veiga propone una reflexión sobre los recursos de los que disponen las personas mayores para mantener y promover su autonomía, sugiriendo una serie de recomendaciones para el diseño de intervenciones, y Pallero nos ofrece un modelo de ajuste psicológico a la ceguera en la edad avanzada, con herramientas de evaluación plenamente contrastadas y validadas. Esta panorámica se complementa con el estudio de Martínez y González, en el que se pone de manifiesto la existencia de pautas de afiliación y utilización de servicios de la ONCE entre los afiliados mayores similares a otros grupos de edad, aunque se identifican factores limitadores asociados a la ceguera total o a la edad avanzada (85 y más años).

Por su parte, y desde el espacio de la atención directa, los trabajos de Blocona, y de Jiménez y Mouchet, ponen de relieve la necesidad de la intervención tanto individual, a través de la rehabilitación, como del trabajo con los agentes sociales próximos (profesionales de la residencia, familiares, etc.) para favorecer la movilidad, la utilización de ayudas ópticas y la adaptación a nuevos entornos (residencia). En el primero de ellos, estos supuestos se validan con una serie de indicadores basados en la satisfacción de los usuarios y de los agentes participantes en la experiencia. La atención a nuevas demandas sociales, como las representadas por el acceso y la utilización de las tecnologías de la comunicación, y las exigencias de adaptación que comporta su enseñanza en este colectivo, se aborda en el artículo de Menéndez, Moreno y Taracena. La experiencia que presentan Guerrero y Pérez describe las posibilidades de intervención en mayores con discapacidad visual en necesidades muy específicas de la edad avanzada, como es la pérdida de memoria, mediante la adaptación de programas de entrenamiento cognitivo validados en población general. Por último, el artículo de Barazal se refiere a una serie de programas de carácter colectivo y recreativo, como son las vacaciones sociales, voluntariado y los clubes de mayores, que suponen uno de los complementos necesarios a los servicios de atención personal organizados por la ONCE para reforzar la participación e inclusión social de los afiliados mayores.

Como los lectores habrán advertido, este número es distinto a los habituales: tiene más páginas, pues, por su carácter monográfico, hemos optado por publicar el mayor número de colaboraciones posibles, prescindiendo, excepcionalmente, de las secciones dedicadas a publicaciones, convocatorias y agenda, y la única noticia que incluimos se refiere a la próxima edición exclusivamente digital de la revista, que ya hemos venido anunciando. Con todo, somos conscientes de que estas aportaciones representan sólo una pequeña muestra del conjunto de experiencias y prácticas que se desarrollan con este colectivo, lo que sin duda supondrá un valor añadido a este número monográfico. Los autores, expertos profesionales en identificar y promover cambios en la vida cotidiana de las personas, han asumido el difícil reto de comunicar sus aprendizajes y resultados derivados del trabajo cotidiano. Estamos seguros de que su esfuerzo será valorado, aprovechado y continuado por profesionales y expertos interesados en envejecimiento y discapacidad visual. Por todo ello, queremos expresarles nuestro reconocimiento por el trabajo realizado, y por la paciencia y la capacidad de respuesta mostrada ante nuestras sugerencias y observaciones. Como observaba el profesor José Luis Pinillos en cierta ocasión, “la realidad tiene mucho de interpretación. Lo que hace falta que es que esas interpretaciones no malogren las posibilidades de la cosas, en este caso de la edad”. Estamos seguros de que el profesor Pinillos no dudaría en dedicar nuevamente esta frase a todos los compañeros que han invertido su tiempo y esfuerzo en este Monográfico.

Pura Díaz Veiga
José Luis González Sánchez